

bibliotecas universitarias cuenten con el ejemplar correspondiente que permita su justa difusión científica.

Eduardo Carrero Santamaría
Universitat Autònoma de Barcelona
Eduardo.Carrero@uab.cat



ÁNGEL GÓMEZ MORENO, *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa)*, con un apéndice bibliográfico de ÁLVARO BUSTOS TÁULER, Madrid & Frankfurt: Iberoamericana & Vervuert (Medievalia Hispánica, 15), 2011, 218 pp., ISBN: 978-84-8489-587-9.

Hace tiempo que se viene reivindicando la importancia de la revisión de nuestros postulados en el estudio de las Humanidades, la relevancia de que nos apercebamos de la variedad de enfoques, influidos por circunstancias desde personales a sociopolíticas o filosóficas, que nos hacen entender la realidad de una manera u otra. Precisamente, el movimiento llamado Nuevo Medievalismo, iniciado por ya canónicos estudios como el de Norman Cantor (*Inventing de Middle Ages Stories of Faith & Fame*, 1991), ha supuesto una auténtica revolución al poner sobre el tapete el particular origen de conceptos como el amor cortés trovadoresco o el supuesto realismo español.

En esta línea se sitúa este magnífico estudio, la *Breve historia del medievalismo panhispánico*, que el propio autor califica sabiamente de “panorama” y que obedece a dos criterios: uno cronológico y otro geográfico, pues su intención primera es la de resultar una guía para todo aquél que se quiera adentrar en los muchos campos de estudio y modos de análisis que ofrecen las literaturas hispánicas del Medievo. Aunque no se propone exhaustividad (y, por cierto, la logra en gran medida), no deja al margen la literatura en lengua latina o en otras lenguas románicas, así como tiene en cuenta la árabe y hebrea. Sigue, por tanto, la escuela ya iniciada por Amador de los Ríos o Menéndez Pelayo, y con gran acierto, pues la mayoría de los medievalistas que aborda parten de la variedad políglota de nuestras tierras, el hibridismo cultural del que la Península Ibérica fue todo un modelo en los siglos medios.

En suma, Gómez Moreno aspira a poner orden en el inmenso material acumulado de estudios sobre el Medievo desde el siglo XVIII, y a articular su discurso disperso. Una labor fundamental cuando, como demuestra George Steiner en su obra *Presencias reales*, se acumulan los trabajos sobre trabajos previos en la cultura

del comentario, y donde es tan fácil olvidarse de los orígenes, y de los prejuicios de los orígenes. Y consigue ciertamente trazar un estado de la cuestión, más meritorio cuanto más arriesgado, pues arriesgada es la empresa de situar el trabajo de los colegas, especialmente en nuestro ajetreado mundo académico. Con elaborado (y justificado) recelo, de hecho, evita el autor juzgar o valorar el trabajo del medievalismo más reciente, o situar sus investigaciones en orden de importancia. Además, promete desde sus primeras páginas enmendar posibles olvidos (de ahí su subtítulo “Primera tentativa”), reconociendo las limitaciones de “la debilidad de la memoria y la brevedad de este panorama” (p. 13). Pero, sin duda, su capítulo dedicado al medievalismo a día de hoy, además de demostrar la buena salud de la que goza esta disciplina, constituye un utilísimo panorama de lo que se está trabajando en las universidades españolas en lo que respecta a la literatura medieval. Eso sí, el autor apenas entra en este capítulo en el terreno de la historia, la música o el arte medieval, seguramente con tino, para no alargar la nómina de los medievalistas, aunque no deja de tener en cuenta en su libro las relaciones transversales de la literatura con el resto de especialidades, como demuestran sus alusiones a los trabajos de Ruiz-Domènec, Nieto Alcalde o Anglés Pamiés (véase también su capítulo dedicado al medievalismo desde especialidades afines).

De hecho, que Gómez Moreno tiene buena memoria queda demostrado a lo largo de toda la monografía, aunque siempre se le puedan argüir excepciones, como él mismo reconoce. El resultado de su esfuerzo es un libro sumamente iluminador, fundamental para todo el que quiera orientarse en el transitado mundo del estudio del Medioevo hispánico, donde el autor demuestra no sólo su profundo conocimiento de los análisis elaborados desde hace cien años, sino de los estudios del Setecientos y el Ochocientos: es decir, un conocimiento en vertical que permite establecer una clara evolución en el entendimiento de los textos medievales, y que además no deja de considerar la visión previa al siglo XVIII (capítulos 1 a 3).

Precisamente, volviendo también a sus orígenes, Gómez Moreno comienza su estudio con una pregunta relevante sobre la consideración del siglo XV como “medieval” a partir de una alusión a ese *Proemio e carta* del Marqués de Santillana, cuya edición dio comienzo a su actividad académica. Con acierto, el autor establece una diferencia entre este historiador precoz de la poesía medieval y los protomedievalistas del siglo XVI. Es decir, el Cuatrocientos sí es en España “Medieval”, opinión que comparto, aunque siempre se le puedan añadir matices.

Después pasa en el capítulo cuarto a centrarse en el “redescubrimiento” del Medioevo realizado por el siglo XVIII, cuando se editan por primera vez las fuentes primarias, y el *Poema del Cid* pasa a convertirse en valor nacional (y ahí está la labor de Tomás Antonio Sánchez). Gómez Moreno habla de la evolución desde el rechazo a los siglos “oscuros” a la pasión que despiertan, que se apunala con el

Romanticismo y no decae durante el Realismo o el Modernismo, siempre desde sus muy diferentes atalayas. Especialmente queridas serán en el siglo XIX las obras de los trovadores y las que supuestamente cimientan el orgullo nacional, aunque *La Celestina* pueda, como le sucedió durante centurias al Quijote, despertar distintas lecturas y el *Libro del Buen amor* abra un debate en su interpretación como obra moralista o primordialmente cómica. Gómez Moreno hace plena justicia a la labor pionera de Amador de los Ríos y a la erudición de la segunda mitad de la centuria decimonónica, dedicándole un capítulo cuanto más merecido más necesario, pues a ella se le deben fundamentales ediciones e interpretaciones de nuestros textos de los siglos medios. Aun cuando muchos de estos trabajos hayan quedado desfasados, no se puede olvidar que fueron el paso fundamental para divulgar obras hasta entonces absolutamente desconocidas, que arrojaban nueva luz sobre el medievalismo panhispánico. Para ello, se contaba ya entonces con un extenso saber en codicología o paleografía, herramientas imprescindibles para abordar los textos.

En este sentido, algunos de los capítulos que pueden resultar de más interés para los jóvenes medievalistas (este libro debería ser una de las lecturas clave para todo aquél que se inicia en el terreno) es el de los logros y desideratas, donde el autor tiene en cuenta los adelantos técnicos e informáticos (algo que no siempre pasa entre los medievalistas, algunos muy apegados a viejas herramientas), y el dedicado a las fuentes de referencia o primarias: bibliotecas, manuscritos y antiguos impresos.

Pero volviendo al orden del libro, fundamental es también el capítulo dedicado a Menéndez Pelayo, de cuya muerte se cumple este año el centenario. En este capítulo, no se deja de referenciar la labor de sus discípulos, así como sucede con la escuela de Menéndez Pidal, y más adelante con los que construyen y mantienen el Seminario que lleva su nombre. Todos discípulos al final convertidos en maestros, como demuestran las señeras figuras de Martín de Riquer o Diego Catalán. Gómez Moreno también se ocupa de los primeros hispanistas extranjeros, de la erudición histórico-filológica antes de la Guerra Civil y en la España de la posguerra, del hispanismo estadounidense y su rama medieval (teniendo en cuenta el presente y el futuro de esta especialidad en esos lares), de la prestigiosa escuela de medievalistas británicos (que aún no se ha recuperado de la triste pérdida de Alan Deyermond), y de los estudios de franceses, italianos, portugueses, centroeuropeos, hispanoamericanos o israelitas (interesados, claro está, en la rai-gambre judía de nuestros textos medievales), que abordan esta parte de la historia de nuestras letras.

El autor cierra su libro abordando las relaciones entre filólogos y comparatistas y el reencuentro de escuelas y corrientes. Aunque no las consideraría “derivadas”, ciertamente es esperanzador que el medievalismo hispánico haya encontrado el

camino para asimilar las corrientes diversas apuntaladas por el hispanismo norteamericano, incluidos los *Gender Studies*, los *Queer Studies* o los Estudios Culturales (p. 178). Comparto, de todos modos, la preocupación del autor por la escasa estima que en los últimos años han sufrido las ediciones de textos antiguos, incluso por los evaluadores oficiales de la investigación nacional; y la necesidad de que no segmentemos el saber, especialmente en nuestro abordaje del mundo del Medioevo, donde la interdisciplinariedad resulta imprescindible (y a la que invita el autor en las pp. 180-188). Gómez Moreno concluye este recorrido con una alusión a la materia en la que él se ha especializado con éxito en los últimos tiempos (demostrado en artículos y en una reciente monografía): la hagiografía medieval.

Finalmente, lanza desafíos para todos aquellos que quieran adentrarse en tan proceloso como grato viaje, para el que hacen falta muchas alforjas (ciertamente, entre las especialidades de la literatura española, la medieval es la que necesita de más conocimientos “técnicos” previos: léase paleografía, latín, historia, religión, etc.). El autor traza una ruta clara y señala tanto lo ya hecho como lo que aún queda por hacer, aunque cada uno escoja su particular itinerario: en este sentido, esta monografía ayudará a los más jóvenes antes de elegir un camino concreto.

Para acabar, señalaré que el libro no sólo está bien escrito sino que ha sido cuidado hasta el extremo por sus editores; por ello, apenas hay erratas (el apellido “Ynduraín”, en todo caso, en p. 152). Hay que resaltar también el utilísimo apéndice de Bustos Táuler como punto de referencia de la reciente evolución del medievalismo panhispánico. En último término, el índice de nombres final se agradece sobremanera.

En suma, acogemos aquí un modelo de trabajo que podemos calificar de impecable, una prueba más de la enorme erudición del autor en los variados asuntos que escoge tratar.

Rebeca Sanmartín Bastida
Universidad Complutense de Madrid
rebecasb@filol.ucm.es



STEPHEN GREENBLATT, *The Swerve: How the World Became Modern*, Nueva York y Londres: Norton and Co., 2011, 356 pp., ISBN: 978-0-393-06447-6.

Dado que nos hemos acostumbrado a la voluntad inclusiva y al tratamiento de amplios problemas históricos por parte de Stephen Greenblatt, podría sorprendernos inicialmente la distancia entre el ambicioso subtítulo de éste, su último